

«¿Este claustro ha de ser depositario
De mi existencia toda?» Isabel mira
El silencioso, umbrío, solitario
Recinto; y sin saber por qué, suspira.
«¿Viviré, como vive mi canario,
Que sin cesar de un lado al otro gira
De su prisión, y sin cesar se roza
Contra las rejas?» Isabel solloza.

Pero este triste pensamiento pasa
Como en el cielo fugitiva nube,
Como el agua sutil que un lago rasa,
Y á su nivel de nuevo el alma sube.
Por lo que fray Facundo se propasa
Á declarar que no es razón se incube
Con tan superfluo empeño en esta idea,
Pues la niña consiente y lo desea.

Que de su inclinación sale garante,
En cuanto puede serlo el juicio humano;
Pero que el corazón es inconstante;
El juvenil espíritu liviano;
Y perder no se debe un solo instante
En cumplir un designio tan cristiano,
Poniendo un muro indestructible, eterno,
Entre el alma inocente y el infierno.

«Esto (concluye) es lo que pide el caso,
No aburrir con sermones á la niña.
—Eso es lo que repito á cada paso»,
Elvira dice y maliciosa guiña.
«Estoy (responde Azagra) un poco escaso;
Pero con la primera plata-piña.....»
Mirando á su mujer medroso calla:
La doña Elvira por un tris estalla.

Sólo el respeto al padre la modera,
«¿Qué plata-piña?» (dice). «¿Cuánta han dado
Tus minas, perdurable sangradera

Del dinero, en este año ni el pasado
Ni en seis años atrás? Si la primera
Plata-piña es el fondo destinado
Para que mi Isabel pronuncie el voto,
¿Por qué no decir claro: *no la doto?*

—Si no han dado, darán.» Aquí el enojo
De doña Elvira iba á soltar el dique,
Y Azagra echaba á su sombrero el ojo,
Pues no sabe qué alegue ó qué replique;
Cuando el padre, advirtiendo por el rojo
Color de doña Elvira, que está á pique
De reventar la concentrada bilis,
«Mi don Gregorio, en eso está el busilis

(Dice con una flema, una cachaza
Admirable). En que den. Pero yo pienso
Que podemos hallar alguna traza.....
Algún arbitrio..... verbigracia, un censo
Sobre la hacienda.» Doña Elvira abraza
La indicación con un placer inmenso:
«Ya se ve: ¿por qué no?—Si acaso el fundo
No está gravado (agrega fray Facundo;

Y una mirada exploratoria lanza,
Como que algún obstáculo presuma);
Y si lo está, con una buena fianza
Podemos á interés buscar la suma.
Mi compadre don Álvaro Carranza.....
—Al que en sus garras pilla lo despluma,
(Responde Azagra). No se piense en eso;
Un dos por ciento, padre, es un exceso.

—Su tertulio de usted, don Agapito.....»
Repone el fraile. Elvira refunfuña:
«No lo puedo tragar: es un bendito,
Que come, bebe, pita, el mate empuña,
Y sorbe, y charla, y no le importa un pito
Que la señora de la casa gruña.

Sólo el mirarle (Dios me lo perdone,
Pero no está en mi mano), me indispone.

—Caridad.—Y su tema favorito
Es: Toma el fraile y daca la beata.
—Hereje (dice el padre); un sambenito
Le viniera de perlas. ¡Democrata!
¡Fracmasón! Pero al fin don Agapito
Es hombre servicial y tiene plata.
Ocurramos á él: sé que le sobra:
Hará á lo menos esa buena obra.»

Ellos, por más que don Gregorio tienta
Medios para salir de un compromiso
Que á su cariño paternal violenta
(Pues en su corazón está indeciso,
Y si accede al monjío, lo aposenta,
Por amor á la paz), quiso ó no quiso,
Acuerdan apelar al contertulio,
Y hacer la fiesta en el cercano Julio.

La precedente discusión pasaba
En la mañana misma de aquel día
En que, como antes dije, Elvira hablaba
Por entre la enrejada celosía
Á las amigas monjas; se trataba
De la pobre Isabel..... Mas todavía
No le llega su turno al locutorio;
Que tiene la palabra don Gregorio.

Acabo de decir que consentía
Por el bien de la paz en el monjío,
Aun cuando el primogénito vivía
(Que pereció cautivo al filo impío
De cuchilla araucana), lo tenía
Por un desacordado desvarío;
Bien que pacato, tímido, indolente,
Nunca lo contradijo abiertamente.

De lo que procedió que, poco á poco
Y sin sentirlo, á indisoluble empeño
Se viese encadenado. «¿Estaba loco,
Decía, ó de mí mismo no era dueño?
¿Cómo ya el concertado plan revoco?
¡Maldita dejadez! ¡fatal beleño,
Que á todos los caprichos me sujeta
De ajena voluntad! Soy un trompeta.....

¿Qué digo? un padre bárbaro, inhumano,
Que ve inmolar esa inocente niña
A un celo iluso, que á interés mundano
Sirve tal vez, ó á infame socaliña,
Y no osa alzar la voz, meter la mano,
Porque su ama y señora no le riña,
Y no regañe el necio conciliábulo,
Que la da en su delirio apoyo y pábulo.

¡No, por Dios! No he de ser yo quien permita
Se sacrifique así, se eche una losa
Sepulcral á mi pobre Isabelita:
No será que me arranquen mi amorosa,
Mi cándida, mi tierna palomita.
Sin duda tronará mi santa esposa.....
Que truene. El corro ladrará..... Que ladre;
Quiero ser hombre al fin, quiero ser padre.

»Pero si ella ama el claustro, si la encanta
El claustro, como afirma el fraile seria
Y gravemente (y nadie tiene tanta
Proporción de juzgar en la materia),
¿Debo yo de esa senda pura y santa
Extraviarla, hundirla en la miseria
Y corrupción del mundo? No lo creo,
Porque una cosa dicen y otra veo.

»Ella es verdad que salta y juega y ríe;
Mas ¿quién no juega y salta en años quince?
Nadie de tales síntomas se fie,

Que de tener se precie un ojo lince,
El que la observe, el que en su rostro espíe,
Ora el sollozo ahogado, ora el esguince,
Pero que en sus adentros Isabela
Contra ese pensamiento se revela.

»De cierto tiempo acá se me figura
Que pensativa y lánguida la miro.
Cuando oye hablar de profesión futura,
Escápasele á hurto algún suspiro.
Y si su madre la elocuencia apura
Pintando las delicias del retiro,
Vuelve á un lado los ojos, ó impaciente
Suele tocar asunto diferente.

»¡Cuántas veces en mí clava la vista,
Y luego melancólica la baja!
No se queja, es verdad; no habla; no chista;
Mete ella misma el cuello en la mortaja;
En vez de que la esquive ó la resista,
Á las que se la ponen agasaja:
Así va el corderillo al matadero,
Y le lame la mano al carnicero.

»¿Y yo he de consentirlo? Si viviera
Mi malogrado Enrique, ese consuelo,
Ese apoyo, ese báculo tuviera
En mi vejez..... mas ¿cómo, santo cielo,
Cómo dejar me quiten mi postrera,
Mi única prenda? Á ti, mi Dios, apelo:
Tú con las fuerzas los deberes mides,
Y sacrificio tanto no me pides.»

El buen señor los sesos se devana,
Y no ve cómo salga del apuro.
Á una mujer tan necia y casquivana
Hacer la guerra cara á cara es duro.
Su inconquistable genio le amilana:
Á la sordina es mucho más seguro.

Un instrumento fácil y expedito
Se le presenta; y es don Agapito.

Don Agapito Heredia, el tertuliano
De cuyo filantrópico bolsillo
Iba á salir la dote: buen cristiano
Si los hay; aunque amigo del tresillo
Más que del ejercicio cotidiano,
Y nada afecto á gente de cerquillo;
Injusta prevención, que no me admira
Le tenga en mal olor con doña Elvira;

Pero á lo que maquina don Gregorio,
Circunstancia en extremo favorable;
Pues el proyecto Heredia hará ilusorio
Ó al menos por lo pronto impracticable,
Con un *no* terminante y perentorio,
Cuando con él la pretensión se entable;
Para lo cual hablarle piensa al punto
Con la reserva propia del asunto.

En el suceso don Gregorio fía
Haciendo entre los dos aquel enjuague.
Y si más adelante otra crujía
Sobreviniese que á Isabel amague,
«Con esta industria no hay temor, decía,
Porque mientras la dote no se pague
(Que no se pagará *volente Deo*),
Pensar en el monjío es desvaneco.»

Mientras que así discurre el caballero
Y el vaporoso espíritu refresca
Dulce esperanza, desvolvió el yesquero;
Suenan la piedra herida, arde la yesca;
Y ya ondeante nube de ligero
Humo el cigarro esparce, que la gresca
De pensamientos agitados calma,
Y en deliciosa paz aduerme el alma.

Si no estuviera yo de prisa ahora
(Que á la mujer de nuestro don Gregorio,
Por lo menos hará su media hora,
Á la reja dejé del locutorio),
Gustoso templarí la sonora
Lira para cantar á mi auditorio,
Tabaco amado, compañero mío,
Tu blando inexplicable poderío.

Ya el cigarro te exhale, ó ya circules
En largos tubos ó enroscadas pipas,
Ó en polvo las narices estimules,
Tú los cuidados, tú el pesar disipas.
¿A príncipes, magnates ó gandules
Una incomodidad ralla las tripas?
¿Abruma la fatiga? ¿Enfada el ocio?
Tu eres del alma cordial socrocio.

Despejas tú la embarazada cholla
Del sabio, y le solazas las vigilias;
Más vívidos sus cuadros desarrolla
El pensamiento cuando tú le auxilias;
Y si el poeta alguna vez se atolla,
Le acorres tú; la rima le concilias
Que á sus esfuerzos se resiste ingrata,
Y en fácil verso el numen se desata.

Mas ahora es forzoso que se trate
De don Gregorio, que discurre y pita,
Pita y discurre; y luego pide un mate.
«¡Un mate! (El buen señor se desgañita,
Y el mate no parece.) ¡Cucufate!
¡Serafina! ¡Tomasa! ¡Margarita!
Es de perder el juicio, ¡Dios eterno!
¡Qué criados! ¡qué casa! ¡qué gobierno!»

Viene por fin el mate. «¿Y doña Elvira?
Salió» (Gregorio pone el gesto grave,
Sorbe, y á la pared atento mira.)

«Y Margarita, ¿dónde está? ¡Quién sabe!
—Toma; y no más. (El mozo se retira.)
—¡Cierra esa puerta, bestia!»—«¿Echo la llave?
—¡Bruto! ¿quieres aquí tenerme preso?
Júntala sólo, y márchate, camueso.»

Tras esto don Gregorio se reclina,
Y echa antes de comer su larga siesta.
Despierta; pita; sorbe; Serafina
Viene á decir que está la mesa puesta.
Comen. Un guachalomo, una gallina,
Porotos, charqui, un pavo tal cual fiesta
Es, con su buen por qué de ají y de grasa,
Lo que da la despensa de la casa.

Un rato Azagra está meditando;
Y ya que el buche con un trago enfría
De lagrimilla, «¡Es mucho fray Facundo!»
(Dice como entre veras é ironía):
«¡Qué talento de fraile! y ¡qué rotundo,
Qué colorado está! Por vida mía,
Que tiene harta razón su reverencia,
Para decir que engorda la abstinencia.»

Dudando si lo que oye es befa ó loa,
Dice la dama con mirar perplejo:
«Aunque al siervo de Dios la envidia roa,
Es hombre de virtud y de consejo.
—Y do el siervo de Dios pone la proa»
(Responde en tono socarrón el viejo),
No hay cosa que al esfuerzo no sucumba
De su elocuencia.» Impertinente zumba,

Y de que el buen señor se arrepintiera
En otras circunstancias. Ni al presente
Osara tanto Azagra, si no fuera
Que al recordar su treta, el pecho siente
Bullir de gozo. Elvira no se altera:
«Resuella por la herida mi pariente»

(Dice á su sayo, y calla). Fué un bonito
Recurso el de la bolsa de Agapito.»

Prosigue Azagra: «Es franco caballero;
Tengo de su amistad más de una prueba;
Y prestará gustoso su dinero,
Cuando tan santo fin la cosa lleva.
Hija, mañana mismo hablarle quiero.
— Nuestra señora sus entrañas mueva,
Y nuestro pensamiento ponga en planta»;
Contesta doña Elvira, y se levanta.

Don Gregorio tomó sombrero y capa,
Doña Elvira la saya y la mantilla.
Ella se va á las monjas; él se escapa
Al tajamar adonde la pandilla
De tertulianos al pasar le atrapa:
Se habla de independenciam y de malilla;
Y de Marcó del Pont y de la España,
Y de cera, polvillo y telaraña.

Eran aquellos días de funesta
Memoria, en que la patria moribunda
Cambió en luto la túnica de fiesta,
Y la guirnalda en la servil coyunda.
La noble frente que miraba enhiesta
Al astro de la gloria, ya en profunda
Sombra eclipsado, triste inclina al suelo,
Y no divisa un término á su duelo.

Noche improvisa obscureció la aurora
De libertad. Venciste, ¡ tiranía !
Mártires y cautivos atesora
Allá el presidio, acá la tumba fría;
Y de los hijos que la patria llora
Se ve crecer la suma cada día,
Doquiera ocultó el espionaje acecha,
Y va la proscripción tras la sospecha.

Noche fué de dolor; no de letargo;
Que si el pecho una vez respira aliento
De dulce libertad, no sueñe largo
Desmayo, ni durable rendimiento
El opresor: vendrá desquite amargo;
De la retribución vendrá el momento:
Mientras él altanero se entroniza,
Arde divino fuego en la ceniza.

Tal el estado de la patria era:
Reina Marcó del Pont; y aquella inculta
Baja, soez canalla talavera
Roba, asesina, y más que todo, insulta.
El *diez y seis* principia su carrera,
Y á la arboleda y á la mies adulta
Las frutas pinta y las espigas dora,
Ardiendo el campo en sed abrasadora.

Y á par del turbio río iba y venía
Nuestra tertulia en platicar discreto,
Que temeroso de escondido espía
Tras cada tronco y cada parapeto,
En tímido susurro se confía
Con aire de misterio y de secreto
Cada vez que dan suelta á dura crítica
Sobre cualquier asunto de política.

De varias trazas eran, genios, modos;
Y aunque de armas tomar ninguno fuera
(Porque de los cincuenta pasan todos),
Son por una mismísima tijera
Cortados en tratándose de godos;
Y si de Elvira el nombre no sirviera
De protección, tuvieran hoy la cancha
En parte no tan fresca ni tan ancha.

Este de O'Higgins el valor celebra,
Ó de Carrera ó Freire las hazañas;
Quién la exacción deplora, que á una quiebra

Le reduce y le saca las entrañas;
Maldiciones aquél (¡qué horror!) enhebra
Contra el augusto Rey de las Españas;
Y en profética trípode se encumbra
Alguno ya, y á San Martín columbra.

Sentada en tanto Elvira ante las rejas
Del locutorio, como arriba indico,
Aligeraba un poco las bandejas
De las devotas madres. Con el pico
Que Dios le ha dado ensarta mil consejas,
Moviendo sobre el seno el abanico,
Y dando á todo el grato condimento
En que consiste la sazón de un cuento;

No el de la destrucción que hiere y mata,
Mas de la caridad que muerde y pica,
Con aquella prudencia timorata
Y aquel celo cristiano que edifica.
De esta manera justamente trata
Á don Gregorio su mujer: critica
Su dejadez; su indevoción censura;
Mas, propiamente hablando, no murmura.

Sobre el programa, en fin, del ya cercano
Monjó el general discurso rueda,
Tembló Isabela oyendo aquel tirano
Decreto que en un claustro la empareda;
Cáesele el abanico de la mano;
Pierde el color; atónita se queda;
Mas al imperio maternal se inmola,
Y no pronuncia una palabra sola.

Nadie averigua si en el alma siente
Inclinación al religioso estado.
¿Puede no amar la joven inocente
El santo asilo donde se ha criado?
Aquel *si* irreflexivo, indiferente,
Pedido no diré, sino dictado

Á la niñez, que su sentido ignora,
Indisoluble vínculo es ahora.

¡Indisoluble!..... Así lo juzga. El pecho
Que resignado y dócil y sumiso
Natura y arte á competencia han hecho;
A quien la abnegación deber preciso,
Y ajeno mando es natural derecho;
Que sólo quiso, en fin, lo que otro quiso;
¿La suerte que una madre le destina
Rechazar osará? Ni aun lo imagina.

«¿De qué me asusto? (en su interior exclama).
¿No he sido siempre destinada al velo?
¿No lo admití? ¿No lo esperé? Me llama
El cielo mismo; ¿y contradigo al cielo?
Un mundo vil, que tanto vicio infama,
¿He de poner con Dios en paralelo?»
Diciendo así, conformidad serena
Rayó en el alma, y mitigó la pena.

Esto en el sobredicho locutorio;
Mientras desde el paseo le decía
Á su cara consorte don Gregorio:
«Bravo chasco te pegas, prenda mía.»
Jamás le vió el andante consistorio
De tan jovial humor como aquel día;
¡Miseró! Y trueno ya la nube parda
De la tormenta horrible que le aguarda.

Luego que la oración da el campanario,
De la vecina iglesia á la morada
De don Gregorio van, donde el rosario
Rezaban doña Elvira y su mesnada.
No hubo esta noche nada extrordinario
En la tertulia: naipes, variada
Conversación, el consabido mate,
Cigarros, dulce, aloja y chocolate.